

mucho los planes de la Inglaterra, porque temerá malquistarse con el continente.

Ya veis, noble príncipe, que no se trata ahora de entablar negociaciones; que si la Inglaterra tiene un interés en apremiar, nosotros lo tenemos en esperar, puesto que ante todo necesitamos el desenlace de los asuntos de España. Ya veremos, si se entabla en lo sucesivo la negociación particular entre nosotros y la Inglaterra, qué medio sería conveniente escoger para seguirla; pero en realidad no hay sino dos: ó por vos, ó por medio de notas, porque nunca podrá tratarse aquí del embajador de Inglaterra.

Declarareis formalmente, sobre todo á M. Canning, que en manera alguna es nuestro ánimo obrar contra las colonias españolas á mano armada.

Enteramente vuestro, noble príncipe,

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 7 de octubre de 1825.

No sé ya, mi querido amigo, cómo vais á salir de este galimatías; todo Madrid ha quedado despoblado al recibirse la primera noticia, y la conferencia va á unirse á vos al Puerto de Santa María. Os encargo muy expresamente una cosa: que ocultéis vuestro descontento y el de monseñor. Es preciso especialmente halagar á la Rusia, porque el Austria y la Inglaterra hacen todo lo que pueden para separarla de nosotros. El emperador es voluble, y ha tenido un principio de enojo, que solo yo he aplacado. ¿Pensáis cuál sería nuestra situación, siéndonos contraria ó poco propicia la Europa, si los asuntos se complicasen ó prolongasen; si, por ejemplo, los revolucionarios se llevasen al rey á América, y si, por consiguiente, la España se nos quedase en los brazos? ¿No es evidente que en estos casos la Europa intervendría, si estaba mal dispuesta? ¿Creis que el Austria sufriría nuestra ocupacion militar indefinida? ¿Que la Inglaterra no haría valer los derechos de la reina de Portugal, etc.? Hé aquí una complicacion inesperada. Las cortes han reconocido en nombre de Fernando, la independencia de la república de Buenos-Aires. Bien conocéis que Canning, que nos hace pedir que entremos en negociaciones acerca de las colonias españolas, sabía esto y se preparaba por lo mismo á reconocer la independencia de estas colonias, que nos dirá

## NEGOCIACIONES.—COLONIAS ESPAÑOLAS.

### II.

#### Expedicion militar.

Aquí terminan las cartas escritas desde el principio hasta el fin de la guerra de España. Durante el curso de esta correspondencia, nuestros soldados caminaban á la victoria, cuyo camino les facilitaban nuestros despachos.

Desde el cuartel general de Bayona, con fecha 3 de abril de 1823, monseñor el Delfín, publicó la siguiente orden del día:

«¡Soldados! La confianza del rey me ha colocado á vuestro frente para desempeñar la mas noble mision. No es el espíritu de conquista el que nos ha hecho coger las armas; mas generoso es el espíritu que nos anima: vamos á reponer un rey en su trono, á reconciliar un pueblo con su soberano, y á restaurar en un país que ahora es presa de la anarquía, el orden necesario á la dicha y seguridad de aquel Estado y el nuestro.

ha sido reconocida por el rey legítimo. Todo esto, como veis, es un inmenso origen de discordias y de acontecimientos. De nuevo os lo repito, mi querido amigo, predica la paciencia al príncipe; hacédele presentes todos los peligros de la política; estos diplomáticos de escalera abajo son odiosos, pero es de absoluta necesidad tratarlos bien, sufríroslos, sobrelevar el fastidio y las fatigas de las conferencias, contemporizar, devorar las insolencias y las inutilidades, hasta que llegue el gran suceso. Necesitamos de la alianza para defendernos de la Inglaterra, y en esta alianza, necesitamos á la Rusia.

No tenemos noticias posteriores á las del 28, porque todavía no hemos recibido esta mañana la estafeta del 29. La carta de Fernando, presenta en mi concepto, todos los caracteres de la falsedad, aunque no sea sino por su franqueza y su exageracion. Sospecho que toda esa escena de las banderas blancas, ha sido inventada para impedir el desembarco en la isla de Leon, conseguir un armisticio, esperar los vientos del equinoccio y embarcarse con el rey. Si este fuera el lazo que os tienden, no habríais en mucho tiempo reparado en el puesto que desde el 29 habeis dado principio á las hostilidades; pero siempre con veinticuatro horas perdidas, y en esta estacion es una gran desgracia. Vuelvo á ocuparme de ese navío, el *Asia*: estad seguro que la marina inglesa no habria dejado de encontrar medio de atacarlo y destruirlo aunque hubiera sido bajo el cañon de Cádiz. Mientras ese exista, no habrá seguridad para nosotros.

He recibido vuestra carta del 29. El *Post-scriptum*, explica el rompimiento de las negociaciones. Monseñor ha escrito por su parte enviando la nueva carta del rey y las condiciones del armisticio. Estas condiciones eran ridiculas y las habian hecho exigentes, sin duda para tener ocasion de rebajarlas algo. Si no se tratara mas que de dejar por un mes solo á Cádiz para que las cortes se embarcaran, no vería grande inconveniente en concedérselo. Ocupemos la isla de Leon y nuestra empresa irá acercándose á su término; pero sobre todo queremos el *Asia*, ese buque es nuestro verdadero peligro. Me complace de que todas mis conjeturas hayan salido infundadas. Estamos sin despachos telegráficos, por consiguiente, es de presumir que nada de nuevo ha ocurrido hasta el día 1.º ó hasta el 2, no siendo que el mal tiempo haya interceptado la comunicacion; está lloviendo, y ayer ha dominado el viento.

«¡Soldados! respetareis y hareis respetar la religion, las leyes y la propiedad, y de esa manera conseguireis que me sea fácil el cumplimiento del deber que me he impuesto de sostener las leyes y la mas exacta disciplina.»

El 7 se pasó el Vidasoa y principió el bloqueo de San Sebastian. El segundo cuerpo de ejército, mandado por el conde Molitor, penetró al mismo tiempo en España por Roncesvalles. Los italianos y emigrados franceses, reunidos en el puente del Vidasoa, al ver la artillería francesa gritaron; *Viva la artillería!* El mariscal de campo Vallin, contestó mandando hacer fuego contra los emigrados. Esa voz de mando decidió el éxito de la campaña; el genio de Luis XIV, desde la isla de la conferencia y muros de Fuenterrabía, parecía proteger el destino de su nieto.

Irun, Tolosa, Villafranca, Pancorbo, Vitoria y Guetaria, fueron tomadas el 9, el 10, el 14 y el 17 de abril.

El rey de España, arrebatado de Madrid por las cortes, habia llegado á Sevilla.

La plaza de Figueras fue tomada el 25 de abril, y Olot ocupado el 3 de mayo. Logroño hizo alguna resistencia. El 9 de mayo estableció el duque de Angulema su cuartel general en Búrgos, y el 17 en Buitrago.

Mina se batía bien al volverse á querer apoderar de Vich. Donadieu le perseguía con viveza, inteligencia y bravura.

El general Bourcke, y el general Rochejaquequin, el acuchillado, proseguian su movimiento hácia Asturias.

Molitor, dando frente á Ballesteros, ocupó el reino de Valencia.

El 24 de mayo entró monseñor el duque de Angulema en Madrid, al frente de un cuerpo de reserva.

El 17 de junio Fernando VII y su familia fueron llevados á Cádiz. El conde de Bordsouille penetró en Andalucía, ocupó Córdoba á tiempo que el conde de Bourmont se estableció en Mérida.

Molitor llegó á Murcia. El 13 de julio ocurrió un choque de alguna consideracion en Lorca, de cuyo punto se apoderaron por asalto las tropas francesas.

El 16 de junio llegó el ejército expedicionario delante de la isla de Leon y del Trocadero. Monseñor el duque de Angulema se hallaba presente, y Molitor venia en pos de él.

Ballesteros se acercó á Cádiz por el reino de Granada, y Bordsouille venia por el lado de Estremadura. Se habian multiplicado los combates, y entre Ballesteros y Molitor se andaba ajustando un convenio.

El 19 de agosto se abrieron trincheras delante del Trocadero. El 31 se hicieron los franceses dueños de este punto y del fuerte de San Luis. Habia sido preciso pasar por una cortadura, cuyo ancho eran 35 toesas, y su profundidad 4 y 1/2 piés durante la baja mar. Allí volvió á brillar aquella intrepidez francesa de que hace poco han vuelto á ser testigos los muros de Constantino: con tales tropas no hay que admirarse de que la Francia se empeñe en salir del estado en que la dejó la batalla de Waterloo, S. A. R. manifestó en aquella ocasion un valor que entregó, por decirlo así, á su ejército aquella España entera que resistió á la gloria y al genio de Napoleon.

El príncipe de Carignan, que hoy vemos en el trono de Cerdeña, atravesó mezclado con los soldados franceses la cortadura, y todavía conserva y enseña con orgullo en su palacio las charreteras de granadero con que le decoraron los franceses en aquella ocasion.

El 10 de setiembre principió el general Lauriston el sitio contra Pamplona.

El duque de Angulema, queriendo sitiar á Cádiz y hacerse dueño de la isla de Leon, se apoderó el 20 de setiembre del castillo de Sancti-Petri. El 23 principió el bombardeo contra Cádiz, y la Gran Bretaña, la reina de los mares, nos vió, sin atreverse á impedirlo, triunfar en su imperio.

El 28, el duque de Angulema al visitar la línea de ataque contra la isla de Leon, se expuso en un largo trayecto de 4,100 toesas, al fuego de las baterías españolas. Habiéndole un proyectil cubierto de ruinas, exclamó: «Convendreis, señores, en que si me matan, será en buena sociedad, y á la francesa.»

¡Por qué no dió en el blanco aquella bala!

El 1.º de octubre, las cortes viéndose amenazadas de un sitio en Cádiz, y abandonadas de sus ejércitos que habian capitulado, despues de varias idas y venidas, devolvieron el poder y la libertad á Fernando: este soberano habia sido á la vez declarado loco, destronado y cautivo, en una de aquellas escenas ignominiosas de que tanto abunda la revolucion francesa. Despues de haber dado ese paseo á lo Viteño, Fernando recobraba su independencia y regresaba radiante á sus Estados. Rey de sus carceleros, acompañado de

todos los individuos de su familia, desplegó las velas del buque que lo conducía entre el estrépito de las salvas de artillería de la plaza y de toda la costa: en medio de la humareda de los disparos, parecía un vencedor que regresaba triunfante de una gran batalla. El cielo estaba magníficamente sereno. Fe nando llegó al Puerto de Santa María á las once y media, y fue recibido por monseñor el duque de Angulema. El nieto de Luis XIV dobló la rodilla y presentó su espada al otro nieto del gran rey. ¡Magnífica escena en la extremidad de la Europa, á la orilla de aquel mar que sirve de lecho al sol, ¡solisque cubilia Gades!

De esa manera se realizó la emancipacion de Fernando sobre la última roca de las Españas, en el mismo lugar donde tuvo principio la revolucion.

¿Dónde está aquel monarca? ¿Y el príncipe libertador dónde está? Habiendo hecho homenaje de su espada, se encontró desarmado cuando la suerte le hizo sentir su rigor.

### III.

Alegría.—Diversas capacidades de los hombres. — Como fuimos recibidos en la corte.

#### DESPACHO TELEGRÁFICO.

Puerto de Santa María 1.º de octubre de 1825.

«El rey y la familia real, han llegado hoy á las once y media al puerto de Santa María.»

Este despacho, y los cien cañonazos que anunciaron la emancipacion de Fernando, me hicieron casi enfermar de alegría, no porque personalmente nos interesara el recobramiento de un monarca detestable (*haïssable*); no porque creyéramos que todo estaba concluido, sino porque sentíamos un verdadero transporte de júbilo al pensar que la Francia iba á renacer poderosa y temible; porque éramos nosotros los que la habíamos ayudado á levantarse de entre los piés de sus enemigos, y le habíamos puesto la espada en la mano; sentíamos un estremecimiento de honor igual al del amor que profesábamos á nuestra patria.

Al mismo tiempo nos veíamos abrumados de un enorme peso, si hubiéramos dicho una palabra, si hubiéramos tenido miedo, si hubiéramos instado á M. de Villele para que aceptara la mediacion de Inglaterra, habria abrazado este ministro el partido de la paz; desgraciadamente lo que convenia á su moderacion no correspondia con otra cosa que hablaba en nuestro pecho. Pero ¿qué habríamos podido hacer si nuestras esperanzas hubieran sido contrarestadas por la desgracia? El único partido que nos quedaba, era arrojarnos al Sena.

Despues de ese primer éxtasis de placer experimentamos cierta legítima satisfaccion personal: no pudimos menos de confesar en nuestro interior que en política valíamos tanto como en literatura, si es que en realidad valemos algo en ella. Era ya imposible negar la utilidad de nuestro plan en lo exterior, al mismo tiempo que tambien habíamos creado en lo interior un presupuesto en el que supimos abarcar todos los detalles de un ministerio como podria haberlo hecho el hombre de mas práctica. Decimos esto para infundir valor á los literatos y poner en evidencia el verdadero alcance de los *espíritus positivos*. Por lo que á nosotros toca confesamos no tener el menor deseo de conservar un puesto en sus filas, no teniendo la menor consideracion del ordinario talento político: cualquiera dependiente es un águila en esta topera.

«No queria darles á entender, dice Alfieri (al rehusar la embajada con que los ministros del rey de Cerdeña querian favorecerlo) que su diplomacia y sus despachos me parecían, y lo eran efectivamente para mí, menos importantes que mis tragedias, y hasta las de otros; pero es imposible traer á razon á esa

clase de gente, no pueden, ni deben convertirse nunca.»

Los tontos de Francia, raza particular y enteramente nacional, no concederán habilidad á los Obens-tiern, á los Grocios, Federicos, Bacon, Tomás Moro, Spencer, Falckland, Clarendon, Bolinbrocke, Burck ni Canning de Francia. Nuestra vanidad no nos permite reconocer en un mismo hombre, ni aun siendo un genio, dos capacidades, y la facultad de hacer cosas vulgares como un espíritu vulgar. Si os excedéis una sola línea de los conceptos vulgares, mil imbéciles gritan á coro: «Os perdeis en las nubes.» hallándose satisfechos con habitar en lo mas bajo, donde tajan su pluma dándose aire de importancia y se obstinan en pensar. Esos pobres diablos, en razon de su propia miseria, se encrespan contra el mérito. En medio de su desesperacion de no poder elevarse miran con compasion á Virgillio y Racine comparados con sus versos. Pero ¿quién, arrogantes señores, os mirará á vosotros no siendo el olvido? el olvido os espera á veinte pasos de vuestra vivienda en tanto que veinte versos de aquellos poetas triunfaran del olvido mientras el mundo exista.

Tienen lugar esas disputas acerca de las diversas capacidades intelectuales, porque no se fijan en una observacion, y es que el talento propiamente dicho es una cosa aparte, es un don del cielo: con frecuencia suele presentarse separado de todas las demás especies de mérito. Puede uno mismo ser un imbécil y hacer buenos versos, puede uno ser escritor de primer órden, ó admirable orador ganando batallas como César, ó gobernando un país como Ciceron; Solon el elegiaco era célebre legislador, Tucídides, general de alta nombradía; Dante, guerrero ilustre, y Ercilla y Camoens, valientes soldados. ¿Quién fue mas sabio ministro que el canciller poeta L'Hopital? ¿Quién fue mas hábil diplomático que Ossat? El mismo Richelieu habia amontonado volúmenes hasta el punto de parecer ridículo; pero nadie se reía de él por el temor que inspiraba: el sonido de la lira nunca ha echado á perder ninguna cosa.

En medio del ardor que nos inspiró ese despacho telegráfico nos dirigimos presurosamente á palacio, y allí cayó sobre nuestra cabeza, si así pudiera decirse, un cubo de agua fria que nos calmó y nos hizo volver á descender á la humildad de nuestras costumbres. El rey y *Monsieur*, demasiado preocupados con la noticia, ni siquiera fijaron una mirada en nuestra persona. Madama la duquesa de Angulema, loca de alegría por el triunfo de su marido, y sin parar la atencion en nada de lo que la rodeaba, parecia en realidad interesante á quien recordara las pocas satisfacciones que habia tenido en toda su vida. Esta inmortal víctima escribió acerca de la libertad de Fernando una carta que concluía con esta exclamacion sublime en la boca de una hija de Luis XVI: «¡Luego es evidente que se puede salvar á un rey desgraciado!»

El domingo volvimos con el consejo á hacer la córte á la familia real: la augusta princesa dijo á cada uno de mis colegas alguna palabra tanto mas halagüeña, cuanto que salía de unos labios no acostumbrados á la sonrisa: únicamente para mí guardó la princesa absoluto silencio, y posteriormente dijo á M. de Montmorency que no se hallaba muy bien avenida en mí. No merecíamos en verdad tanto honor. El silencio de la huérfana del Temple nunca puede parecer ingrato: el cielo tiene derecho á la adoracion de los hombres, y por su parte no se la debe á nadie.

## IV.

Carta de Luis XVIII á Fernando.—Explicacion acerca de este documento.

Fernando escribió despues de haber recobrado su

libertad á Luis XVIII; este nos encargó de su contestacion, que despues de leída la firmó al parecer con satisfaccion y sin haber variado ni una sola palabra. De su contexto podrá inferirse si queríamos ó no el absolutismo.

A fines de octubre de 1825.

Hermano mio, etc.

Uno de los mas dichosos momentos de mi vida ha sido aquel en que he sabido que el cielo habia bendecido mis armas, y que, por los esfuerzos del digno capitán puesto á la cabeza de mis valientes soldados, del hijo de mi eleccion, honor de mi corona y gloria de la Francia, habia V. M. sido devuelto al amor de sus pueblos. Visible está la mano de la Providencia en ese acontecimiento; al que protege los reyes es á quien debemos atribuir con la mas viva gratitud un resultado tan rápido y tan brillante.

Desde ese momento concluyó mi tarea y principia la vuestra, á fin de procurar á vuestros pueblos la felicidad y el reposo que les debeis. Si como gefe de mi casa no tuviera el derecho de hablar á V. M. tan sinceramente, mi ancianidad, mi experiencia, y las desgracias sufridas me impondrian el deber de hacerlo así. Como V. M. volví á empuñar el cetro despues de una revolucion, y á imitacion de nuestro abuelo Enrique IV perdoné á los que podian haberse extraviado en tiempos difíciles, y que confiando en la misericordia de su soberano se apresuraban á enmendar sus errores. V. M. comprenderá cuánto peligro puede haber en inspirar á clases enteras de hombres el convencimiento de que nada es capaz de borrar el recuerdo de su debilidad. Los reyes cristianos no pueden reinar por medio de las proscriptones: estas son las que causan el deshonor de las revoluciones, pues los súbditos perseguidos por ellas no pueden como en una monarquía, volver tarde ó temprano á escudarse bajo la autoridad paternal de sus legítimos soberanos. Creo por consiguiente, que un decreto de amnistía seria tan útil á los intereses de V. M. como á los de su reino. V. M. comprendió que las largas conmociones políticas y la anarquía de las guerras civiles debilitaban las instituciones rebajando los vinculos de la sociedad; así nos parece puede inferirse de su carta particular del 23 julio 1822, en la que rechazaba los sistemas peligrosos, esas teorías democráticas, y esas innovaciones funestas, de las cuales tanto ha tenido la Europa que sufrir, pero al mismo tiempo queria V. M. buscar en las antiguas instituciones del Estado el medio de contentar á sus pueblos y asegurar la corona en sus sienes. Si V. M. persiste en ese noble propósito, no tardará en ver que las esperanzas de todos sus súbditos convergen hácia el trono.

Cumple á nuestra persona dar á V. M. consejos sobre el particular. Bien está que los delibere en la plenitud de su sabiduría y de sus derechos; pero por nuestra parte no podemos menos de hacerle presente que la ciega arbitrariedad, lejos de consolidar el poder de los reyes, le debilita; que si este poder no tiene reglas ni reconoce alguna ley, no tarda en sucumbir bajo sus propios caprichos; la administracion se destruye; la confianza se desvanece; el crédito se pierde y los pueblos inquietos y atormentados se precipitan en las revoluciones. Los soberanos de Europa que se han sentido amenazados en su trono por la sublevacion militar de España, se creerian nuevamente expuestos en el caso de que la anarquía volviera por segunda vez á triunfar en los dominios de V. M.

Si alejando de su mente penosos recuerdos V. M. se rodea de hombres prudentes y hábiles, de una nobleza que es el natural apoyo de su autoridad, y de un clero de cuya piedad y adhesion pueden esperarse tantos sacrificios en beneficio del público; si todas las clases de una nacion grande y leal bendicen igual-

mente la autoridad del soberano legítimo, la Europa verá en el reinado de V. M. la garantía de su reposo y nosotros nos aplaudiremos de haber obtenido tan glorioso resultado de nuestros sacrificios.

LUIS.»

No llenaba la minuta de esa carta todos nuestros deseos; habríamos querido ir mucho mas allá y proponer en las antiguas córtes algunas variaciones análogas al espíritu del siglo; pero nos contenian las atenciones que debíamos á la Europa continental, de cuya influencia necesitábamos para el asunto de las colonias, bastante contrariábamos á nuestros aliados solo con hablar de las *córtes antiguas*, constándonos que por ningún concepto las querian. El gobierno que pensaban establecer en España era el rey pura y simplemente *neto* ayudado de los consejos de Castilla é Indias, con los demás resortes de esa gastada máquina. Los representantes de los aliados en Madrid nos miraron con prevencion así que tuvieron noticia de la carta de Luis XVIII.

Por nuestra parte, al pedir que se restablecieran las antiguas córtes, nos proponíamos preparar la fusion de las antiguas y modernas costumbres de la península. Un cuerpo deliberativo, cualquiera que sea su organizacion, no puede permanecer estacionado; Los estados generales que se convocaron en Francia vinieron á parar en asamblea nacional. La idea de erigirnos en confeccionadores de sistemas orgánicos al lado de alla de los Pirineos, era una nimiedad que ninguna cabeza de alguna experiencia podia concebir. Los gobiernos liberales que posteriormente se han instalado en la península ¿no se han visto obligados á reformar la constitucion de las córtes de Cádiz, á establecer dos cámaras, y á venir á parar á las leyes excepcionales y la restriccion de la libertad de imprenta? Esa nacion de arrieros (*muletiers*) y de soldados pastores, donde cada individuo goza de la mas completa independencia, donde cada municipio, gobernado por sus leyes municipales de origen romano, con algo de árabe, es una pequeña república; esa nacion, decimos, no tiene la necesidad ni el sentimiento de nuestras libertades artificiales: desconoce ese odio á las clases superiores que nos atormenta á los franceses: el aldeano de Castilla nunca ha estado sometido al yugo feudal: cree marchar al par de los magnates y no reconoce superioridad sino en el rey. Ese rey encerrado en Madrid viene á ser como el sultan en Constantinopla: á treinta leguas de su capital, no son ya obedecidas sus órdenes. El carácter y las costumbres ibéricas estan menos opuestas al despotismo de un rey que á la arbitrariedad legal de una asamblea representativa, cuyos individuos y cuya parlaria son despreciados por el orgullo castellano.

Estas razones de hombre de Estado predominaron en nuestra consideracion á todas las teorías, y no nos dejaron medir el carácter de la península ibérica con arreglo á una norma inflexible. Decíamos que tal personaje tenia estos ó aquellos defectos, que habia cometido tales ó cuales tonterías: así hubiera sido en efecto si se tratara de franceses, ingleses ó alemanes; pero refiriéndose la cuestion á españoles, era muy diferente. De aquí se derivaba la necesidad de separar cuanto antes la cuestion francesa de la cuestion española, pues era de esperar se resolveria segun las costumbres del país, cuando los principales intereses de la Francia habrían sido puestos en seguridad. Solo una cosa podia temerse en el primer momento; quitando todas las trabas á Fernando era posible entregar los pueblos á su locura. Mas si las antiguas córtes hubieran sido convocadas, la accion de estas habria sido bastante para sujetarlo. Pero, volvemos á decirlo, esta cuestion no era para nosotros la principal; podia por otra parte suponerse como lo mas probable que Fer-

mando volveria á caer bajo el yugo de la insurreccion y que no la conseguiria sofocar.

## V.

Ordenes de los soberanos.—Carta de Enrique IV.

Habiendo salido airosos de la empresa que mas dificultades habia presentado, todo lo demás se nos venia, como vulgarmente se dice, á la mano; los enemigos se confesaban vencidos y convenian en que se habian engañado. El duque de Rovigo, que acababa de llegar de Berlin nos decia que el lenguaje y los modales de los prusianos se habian hecho repentinamente mas respetuosos: que *las provincias rinianas devoraban en silencio su alegría creyendo que el cañon de Vidasoa habia resonado tambien por su emancipacion, que Mayenza estaba sin guarnicion, sin provisiones y próxima á ser evacuada; allí todo vive, decia el duque, esperando. La Francia ha reconquistado su gloria en España, en las orillas del Rhin reconquistará su fuerza.*

Comunicamos á los soberanos y á los gabinetes la feliz noticia del desenlace de la guerra, y recibimos de varios gobiernos señales de consideracion: España nos envió el Toison de Oro; Portugal, la Orden de Cristo; Rusia, el Orden de San Andrés; Prusia el Aguila Negra; Cerdeña la Anunciada: solo Francisco II se abstuvo, y la carta que nos dirigió es fria y no dice ni una sola palabra respecto de nuestra persona; la carta del príncipe de Metternich contiene un pequeño cumplimento que encubre mal el secreto despecho. Fiel á su instinto el emperador de Austria tenia la pretension de recibir el cordon azul antes de transmitirnos las órdenes austriacas, y como todas las demás potencias habian tomado la iniciativa respecto de las Tullerías, juzgamos que no seria conveniente ceder á tales exigencias faltas de razon, y que nos parecian altamente extraordinarias vista la manera con que respecto de nosotros se habia conducido el gabinete de Viena.

Los reyes y los ministros nos escribieron; mas adelante trasladaremos sus cartas.

Por medio de esos distintivos y manifestaciones, los reyes dieron por lo menos á entender que habíamos hecho un importante servicio á la causa monárquica: tenian razon en no considerar lo que directamente se les seguia de la guerra de España; mas si hubieran penetrado en el fondo de nuestro pensamiento, lejos de bendecirnos nos habrían echado una maldicion. Sin embargo, nuestra política les hubiera sido en resultados tan favorable como á la Francia: algun día les será preciso dar cuenta del mandato de arresto que dieron contra pueblos sobre quienes ninguna autoridad tenian. Satisfecho puede quedar el amor propio de un gobierno, ó una imprevisora ambicion de conquistas adquiridas por medio de la violencia; pero no se olviden que tras de esas conquistas vienen como consecuencia natural las catástrofes. ¿De qué sirven los Estados Jagellon á la Rusia? De mantener abierta una úlcera en el seno del imperio de los Czares. No se curaran de la Polonia los moscovitas sino convirtiéndola en un desierto. No hay incorporaciones durables mas que aquellas que redundan en utilidad de la mano que las realiza. Las asimilaciones entre pueblos desunidos por el lenguaje, costumbres, clima y topografía, son insensatas en el actual estado de civilizacion.

El imperio de Bonaparte se ha deshecho como un monton de arena: otro tanto sucederá con los países que han entrado por fuerza en la circunscripcion de las grandes potencias, en tanto que la Francia era deshechada en sus legítimas pretensiones de herencia. Los políticos de Viena conoceran que la Francia no es un círculo del Rhin, y que no se desprecian impune-